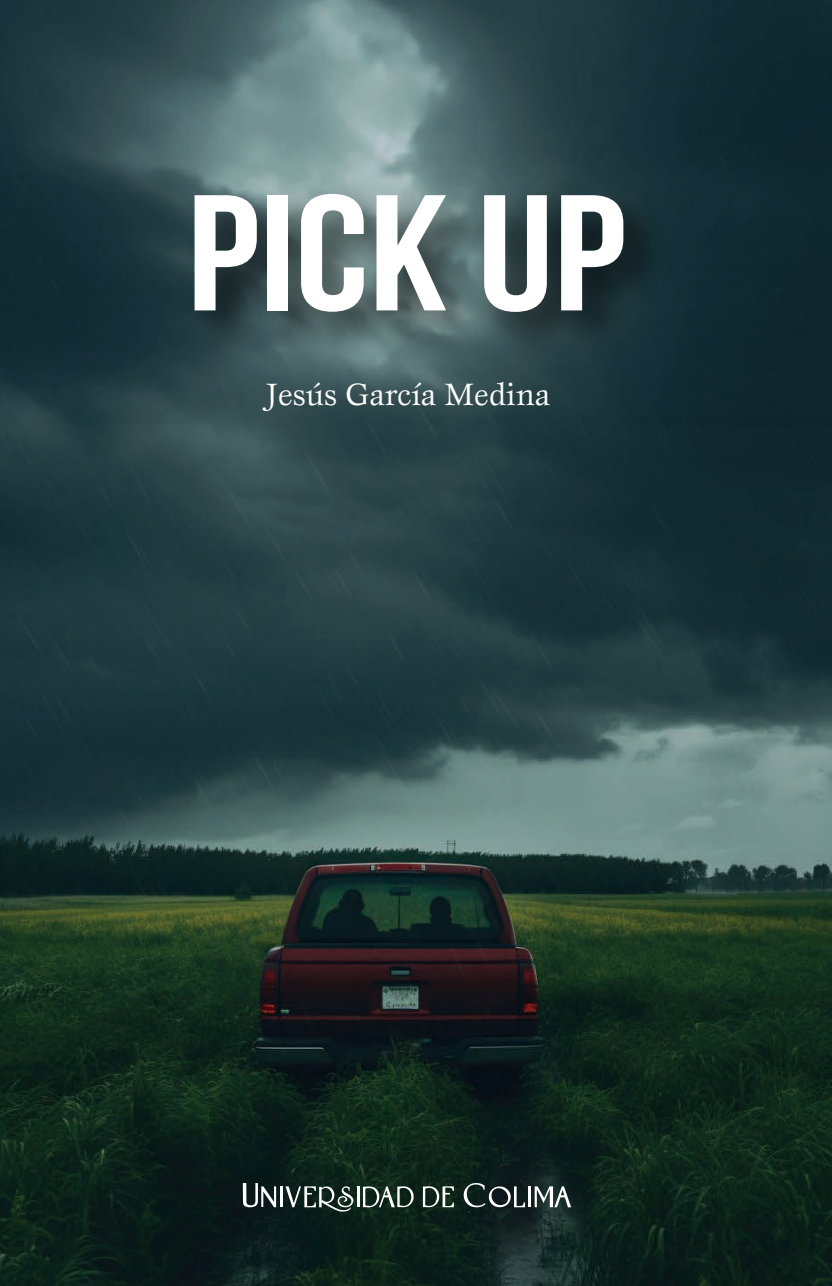
PICK UP

Jesús García Medina



Universidad de Colima

EL RAPIDÍN

Pa' leerse como de rayo

Pick-up

Universidad de Colima
Dr. Christian Jorge Torres Ortiz Zermeño, Rector
Mtro. Joel Nino Jr., Secretario General
Mtro. Jorge Martínez Durán, Coordinador General de Comunicación Social
Mtra. Ana Karina Robles Gómez, Directora General de Publicaciones

Pick-up

Jesús García Medina

UNIVERSIDAD DE COLIMA

© Universidad de Colima, 2024
Avenida Universidad 333
Colima, Colima, México, CP 28040
Dirección General de Publicaciones
Teléfonos: 312 316 1081 y 312 316 1000, ext. 35004
Correo electrónico: publicaciones@ucol.mx
http://www.ucol.mx

5E.1.1/317000/087/2024 - Edición de publicación no periódica
DOI: 10.53897/LI.2024.0035.UCOL

Derechos reservados conforme a la ley
Publicado en México / *Published in Mexico*

Este libro está bajo la licencia de Creative Commons, Atribución – NoComercial - CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0)
Usted es libre de: Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato. Adaptar: remezclar, transformar y construir a partir del material bajo los siguientes términos: Atribución: Usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante. NoComercial: Usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales. CompartirIgual: Si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.

This work is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-ShareAlike 4.0 International License. You are free to: Share: copy and redistribute the material in any medium or format. Adapt: remix, transform, and build upon the material under the following terms: Attribution: You must give appropriate credit, provide a link to the license, and indicate if changes were made. You may do so in any reasonable manner, but not in any way that suggests the licensor endorses you or your use. NonCommercial: You may not use the material for commercial purposes. ShareAlike: If you remix, transform, or build upon the material, you must distribute your contributions under the same license as the original.

Proceso editorial certificado con normas ISO desde 2005

Registrado en el Sistema Editorial Electrónico PRED

Edición impresa: agosto de 2009

Edición electrónica: septiembre de 2024
Registro: OT-014-24

I. Rubén

Nací en Villa Santa, seis meses después de que mis padres dijeron "hasta que la muerte nos separe". Mi abuela no se enteró que yo estaba en camino cuando mi madre se engalanó con su vestido blanco. Mi abuela murió joven, mi padre también. Mi abuela sólo tuvo un hijo, pero mi padre dejó siete vástagos que siguieron su linaje. Mi padre estuvo feliz al enterarse que su primer crío era un hombrecito. Se sentía orgulloso al pensar que aquel muchachito sería todo un galán con las mujeres del pueblo y sus alrededores. No se equivocó por completo. Siempre tuve cerca de mí una mujer que me amara, pero también tuve buenos amigos. El mejor de ellos dejó en mí, como un tatuaje, su imagen, su voz y su mirada de ángel caído, pero al fin y al cabo un ángel.

A mi vida llegó la mujer que sería la madre de mis hijos. Mariana no fue el amor

de mi vida, pero sí fue la mejor muestra del amor encarnado en una mujer. Descubrí en Mariana la pureza de un alma que se entrega y no espera recompensa. Todos mis errores los supo *perdonar.* Pero yo sé que hay errores que la vida no perdona aunque la gente que nos ama nos diga que todo queda en el pasado. Yo arrastré detrás de mí un pasado que no podía olvidar porque nunca quise olvidarme de mí mismo. A fin de cuentas seguía siendo evidencia del pasado. Lo más valioso para mí había sido encontrarme con Mariana y con Emilio y finalmente hallarme, solamente yo, en la soledad de mi pasado prolongado.

Rubén anduvo probando las mieles de la juventud. Apenas conocía a una mujer bonita y muy pronto ya le tomaba las manos pequeñas entre las suyas gruesas, amplias, fuertes. La miraba con sus ojos café claro, grandes, expresivos, cual felino salvaje al acecho de su presa. Después abría y cerraba de manera insinuante sus párpados sobre los cuáles se veían sus pestañas negras, largas, casi rizadas que armonizaban bien con su barba cerrada y oscura, su bigote fino y espeso sobre los labios regulares que siempre esboza-

ban una sonrisa entre pícara y condescendiente ante casi todas las mujeres.

"Hilda, qué nombre tan sensual tienes, se deshace tu nombre y me sabe a miel entre los labios"; "Alejandra, me encantaría bailar contigo el vals que lleva tu nombre"; "Luz de mi cielo, qué hermosa niña"; "Estelita, no me digas que tienes novio porque me pongo celoso". No era del todo un don Juan. No todas caían en sus brazos. Pero su madre le insistía en ponerse sosiego. "¿Cuándo llegará el día que te canses de andar calentando camas con una y con otra? Ya estás grande, si tu padre viviera..." Y Rubén se pasaba los días pensando en las mujeres del pueblo vecino, en las que veía los domingos en la plaza, en las mujeres que conocía en las fiestas de la universidad porque ya casi terminaba la carera de administración y sus compañeras eran muy hermosas, tanto como para conquistar a cualquier hombre libre como él.

Una tarde, cuando salía de su casa para emprender el camino hacia la universidad, que estaba a una hora de Villa Santa, vio a un hombre aproximándose a la casa como si se dirigiera a la finca de grandes ventanas y re-

jas oscuras, de techos altos y de fachada antigua, aquella casa donde Rubén vivió su infancia y despertó su juventud. Rubén se le quedó mirando un minuto. El hombre también lo observó, pero con menos detenimiento. Luego se aproximó a él, se detuvo y con la sonrisa amistosa y juvenil le abrió un abismo de recuerdos.

"Rubén de la Garza Hernández, el hombre soltero más codiciado de la Villa", dijo el visitante. "Emilio Rodríguez Mariscal, el hijo más querido de don Eugenio Rodríguez, venga un abrazo", dijo Rubén, y se abrazaron como si tuvieran muchos años sin mirarse.

Rubén y Emilio habían vivido juntos gran parte de sus aventuras de adolescentes porque asistían a la misma secundaria, pero desde el bachillerato dejaron de verse porque Emilio había decidido alejarse para estudiar lejos de su padre, don Eugenio.

Permanecieron abrazados más de un minuto. De pronto se escuchó el ruido de un motor de automóvil que se acercaba. Acto seguido se detuvo el vehículo, una camioneta roja, frente a la casa de los de la Garza Hernández, la finca donde Rubén había crecido

y aún habitaba porque había sido la herencia que sus padres le dejaron. “Ea, par de jotos, ya sepárense, parece que son novios de pueblo”, dijo Heriberto cuando bajó del automóvil, luego se acercó a ellos. Rubén reaccionó ante la voz grave de su hermano, se separó de Emilio. “Ven acá para presentarte a tu cuñado, cabrón”, dijo Rubén sonriendo mientras Heriberto se aproximaba a ellos.

El sol dejaba caer sus rayos más fuertes. Eran las tres de la tarde, parecía Viernes Santo. Hacía calor como en todos los abriles que Rubén recordaba del pueblo. Emilio sugirió ir a la cantina a tomarse una cerveza, Heriberto dijo que no, que él no podía. Rubén dijo que sí, pero que sólo una. Emilio dijo que estaba bien, que nomás una cerveza se iban a tomar, pero se tomaron cinco. En cada trago saltaba un recuerdo. Rubén comenzó a suspirar, estaba mareado. Se irían a seguir la parranda, había mucho qué contarse. Rubén se levantó un momento, estando de pie miró al amigo y su mirada se cruzó como si compartieran un mismo pensamiento, como si fueran almas gemelas que desde muchos años atrás ya se conocían.

II. Emilio

La soledad en las almas se manifiesta de forma distinta. Algunos somos capaces de reconocer nuestra propia soledad, pero otros nunca lo logran. Yo no soy propiamente lo que se dice un hombre espiritual, pero creo que en el mundo hay una fuerza que nos mueve hacia un lado y hacia otro como si jugara con nosotros en un inmenso laberinto, hasta que, un día, somos capaces de darnos cuenta de ese juego y decidimos tomar las riendas de nuestro destino que, en verdad, no está escrito como algo definitivo, como en una tragedia griega.

Yo vine a este mundo un día de septiembre. Dice mi padre que el cielo estaba ennegrecido como si fuera a estallar una tormenta. Mi madre murió cuando llegué al mundo. Mi padre pronto buscó otra mujer que no logró sustituirla. Cuando yo era adolescente llegamos a vivir a Villa Santa. Mi infancia la pasé en Ciudad Guzmán, pero mi padre quería acercarse poco a poco a las ciudades más importantes del país y, como Guadalajara es-

taba relativamente cerca de este pueblo, mi padre tuvo a bien mudarse aquí. En la secundaria conocí a Rubén, el mejor de mis amigos. Rubén llegó a mi vida como una ola irrepetible que llega a la playa y deja una huella que ninguna otra ola puede borrar. Más de una vez creí estar enamorado, aprendí a reconocer el amor en la mirada de una mujer sincera, sencilla, tierna… Entonces conocí a Elena, una mujer librepensadora, audaz, inquieta, rebelde, con quien yo podía seguir viviendo casi la misma dinámica que en otros tiempos había compartido con Rubén. Con Elena me di cuenta de que la soledad de un alma no la define la presencia o ausencia de una persona a nuestro lado, la soledad está dentro, en la mente de aquellos que no somos capaces de olvidar, de aceptar los cambios, porque nadie puede seguir siendo el mismo por los siglos de los siglos.

Emilio regresó un día de abril a Villa Santa. Volvió porque quería ver a Rubén y a toda la familia De la Garza Hernández. “Mi padre está viviendo en Monterrey, pero yo extrañaba Villa Santa y quería verte”, dijo Emilio y dio un trago largo a la cuarta cerveza. “Yo

no creí volver a verte. Llegaste justo a tiempo para estar en mi boda. Me casaré con Mariana."

"Emilio sonrió. Me da gusto saberlo", dijo. "Ya sé quién es Mariana, si quieres llevarle serenata yo te acompaño, pero que sea con mariachi, después de ahí le seguimos con la música en la plaza para recordar los viejos tiempos."

Quedaron de acuerdo. Dijeron salud. Emilio comentó que él no pretendía casarse porque la libertad condicional no le atraía, que si la gente se casaba por amor no era necesario firmar papeles. Rubén esbozó una sonrisa. Se escuchó en la radiola *Si nos dejan, nos vamos a querer toda la vida*… Recordaron los tiempos de secundaria y bachillerato. Hablaron de las mujeres, de sus logros y sus penas… *Te llevo de la mano corazón y ahí nos vamos.*

Emilio se quedó un tiempo en la finca de la familia De la Garza. Elena estaba en Guadalajara, iba al pueblo cada ocho días. Mariana se preparaba para decir "sí acepto" ante el altar. Emilio y Rubén revivirían aventuras de adolescentes y conocerían cosas nuevas que antes no habían sido capaces de explorar.

III. En familia

El cumpleaños de Emilio se festejaba en la casa de la familia De la Garza Hernández desde que Rubén lo conoció en la secundaria. Durante su ausencia, tras los años del bachillerato, se extrañaba su presencia en la casa porque se le llegó a considerar parte de la familia. Cuando regresó a Villa Santa, Emilio ya era profesionista. Había decidido estudiar psicología para ir en contra de su padre que esperaba fuera arquitecto como él. Además, dijo, me servirá para llevarme mejor conmigo mismo. Se especializó en psicoanálisis y tal vez por eso desarrolló la capacidad de escuchar mientas se arrellanaba en el diván.

Llegaron a la casa donde ya estaba reunida la familia De la Garza Hernández. Emilio contó algunas anécdotas psicológicas, tenía la voz grave, voz de tenor mexicano. Poseía el don de la elocuencia, pero también poseía una chispa carismática que atraía fácilmente a los demás. Dejó de hablar para que alguien más tomara la palabra mientras él tomaba un poco de vino blanco. “En el rancho

de las flores nosotros damos empleo a varias personas del pueblo —dijo Ángela—, sobre todo cuando empieza la preparación para las nochebuenas. Rubén es empresario también —hizo una pausa la mujer mientras miraba a su hermano que estaba muy atento a las palabras y a la presencia de Emilio—, de hecho Rubén nunca está conforme con lo que tiene y siempre quiere estar cambiando inclusive de novia, o mejor dicho, de mujer, que no es lo mismo." Hubo un silencio espeso entre los que estaban cenando y Rubén intervino para salir del estancamiento.

"Pero ahora sí va en serio —dijo Rubén mientras miraba a Emilio—, me caso con Mariana. La conocí hace cinco años, pero apenas hace poco la empecé a tratar, a mandarle flores." Emilio sonrió y dijo: "Me da gusto verte entusiasmado por ella. Ya sabes, hay que llevarle serenata". Los presentes aprobaron la ocurrencia de Emilio.

"No me parece una mala idea —dijo Ernesto—, aquí la gente es muy de fiestas, no solamente en febrero, el pueblo festeja a la virgen en mayo, en octubre, en diciembre y cuando tienen a bien hacer algún evento ma-

sivo en la plaza, hasta cuando llueve con sol. No te creas, estoy exagerando", concluyó Ernesto, luego todos se unieron a las risas de Rubén y de Emilio que parecían estar felices de volverse a ver. Rosario no estaba presente, pero seguramente ella habría estado más feliz porque siempre quiso a Emilio. Emilio evitó mencionarla durante la cena para que no se perdiera el ambiente alegre que se había formado entre los jóvenes. Rosario se había ido a un convento cuando murió su madre.

Ángela propuso un brindis: "Por la amistad —dijo—, por la familia y porque también tú eres como de la familia, Emilio, ojalá que estés presente para el cumpleaños de Rubén, es ya muy pronto, son tres décadas más dos años y dice que cuando tenga la edad de Cristo se casa, que será como si fuera a iniciar la vía dolorosa pero, más que la pasión y muerte, yo creo que para él sería la resurrección". Ángela sonreía aunque no a todos les había parecido acertado el comentario.

Emilio volvió la vista para ver directamente a Rubén, quien de pronto se había quedado callado y serio.

“Me da gusto —dijo el invitado—, yo no me pienso casar, ya saben que no soy muy dado a esas cosas de la iglesia ni de los compromisos por escrito, pero ya tenemos planes Elena y yo para irnos a vivir juntos al D.F.”

Elena tenía título y se desempeñaba como abogada. Emilio planeaba impartir talleres o cursos de psicología.

Se escuchó una lechuza entre los árboles del patio, la fuente estaba callada, había viento de cuaresma. Ernesto observaba atentamente a quien estaba hablando, así era su personalidad. Daniel, el menor de todos, también observaba porque sentía que no encajaba por completo en aquel cuadro, aunque también era muy amigo de Emilio. Todos decidieron seguir la velada ahí en la casa porque no había fiestas en esos días en el pueblo.

Después de cenar, Ernesto sacó una guitarra como era su costumbre en otros años, cuando eran más jóvenes. Daniel también tenía un gusto especial por la música, pero mientras Ernesto era trovador y bohemio, Daniel era rockero alternativo, aficionado al jazz y a la música electrónica. Ángela pidió que Ernesto interpretara “Costumbres”,

pero al estilo de Rocío Dúrcal; sin embargo, Ernesto dio prioridad al invitado quien pidió "Coincidir". Rubén hubiera querido ser él mismo quien tocara la guitarra para volver a ser el centro de atención como cuando eran niños, como cuando él sabía más sobre cualquier cosa que ninguno de sus hermanos. Pero ya el tiempo había pasado y cada uno tenía su don particular más desarrollado. Estaban todos en la sala de equipales, traídos desde Zacoalco, en el primer corredor de la casa. Ángela estaba a un lado de Daniel, ella vestida con sus *jeans* azules y su blusa de manta con bordados de hilo blanco, él con su playera oscura que resaltaba el tono claro de su piel casi pálida y sus ojos color de miel. La hermana mayor y el hermano menor marcaban un contraste de edades que los presentaba como si fueran madre e hijo. Ángela era la única mujer presente porque Juliana estaba en España estudiando de manera particular los personajes femeninos de García Lorca y no volvería hasta el día en que Rubén le anunciara su próximo enlace matrimonial. Rosario estaba en el convento interceediendo por toda la familia y olvidándose de Emilio. Heriberto vivía en Zapopan. Mariana to-

davía no era parte de la familia, pero a veces sí estaba en las reuniones familiares. Ese día no estuvo presente.

Emilio llamó por teléfono para encargar cerveza a domicilio. Todos tuvieron a bien tomar un poco para celebrar el regreso de aquel hombre, incluso Ángela decidió tomarse dos cervezas a pesar de tener muy poca afición por el alcohol. Todos se pusieron nostálgicos y comenzaron a evocar su infancia, su adolescencia y los buenos momentos de la juventud. Todos menos Daniel, porque no era dado a manifestar sus sentimientos ni pensamientos íntimos y era muy joven como para cargar ya con tantos recuerdos y nostalgias. Ernesto de pronto empezaba a filosofar y los demás lo escuchaban atentamente, pero cuando notaban que estaba a punto de caer en la cuestión del sentido de la vida o del existencialismo, le ponían un alto con un "salud" y un "tócate otra canción". Rubén pidió "Sombras" porque era una de sus favoritas y le recordaba las primeras parrandas que había tenido con Emilio durante el tercer año de secundaria. Ernesto dedicó la última canción para todos sus hermanos, los presentes y los

ausentes, y entre todos cantaron muy afinados "Vive", al estilo de Napoleón, como si fueran un coro religioso.

Emilio se quedó un tiempo en aquella casa con la familia De la Garza porque la finca de su padre estaba siendo remodelada y se tardarían casi un mes en terminar los trabajos de remodelación. Emilio tenía dos años menos que Rubén, cumpliría los treinta el 24 de julio y para entonces habría una gran celebración con marimba, tequila, cerveza, birria y sobre todo contaría con la presencia de sus amigos y casi hermanos, aunque también con la presencia de Elena y Mariana que parecerían como dos flores adornando con su belleza aquella fiesta, porque ellas eran como las rosas o las azucenas que mandaba Rubén a Mariana cada mes para mostrarle cuánto la quería.

IV. La tormenta

En Villa Santa no había ríos. El único riachuelo que había cuando Rubén era niño se secó. A las orillas del pueblo solamente quedó marcado el cauce del agua por una hilera de sauces distribuidos a los lados del camino. El camino conducía a las tierras de cultivo donde los ejidatarios cada año sembraban maíz y, entre los surcos, cacahuate para aprovechar el terreno y el temporal de lluvias. Rubén heredó las tierras de su padre, pero nunca se dedicó a la agricultura. Sin embargo, le gustaba ir al campo, pasear a caballo y visitar la ordeña donde algunas veces tomaba leche tibia con azúcar, chocolate y alcohol: un "pajarete".

Cuando eran compañeros de secundaria e incluso después, Emilio y Rubén iban cada fin de semana, a caballo, a recorrer las tierras ejidales. Por eso a Emilio se le ocurrió dar un paseo por las tierras que Rubén no cuidaba, pero que sabía eran suyas; sin embargo, la diferencia sería que ahora no tenían caballos para montar, por lo tanto decidieron ir en la

camioneta roja que Heriberto utilizaba para trabajar entre semana llevando y trayendo flores y plantas de ornato del campo a la ciudad.

A las orillas de Villa Santa, el paisaje a finales de junio era muy distinto al de los días de la cuaresma. Los cerros enverdecían y casi se veían desde lejos como si los cubriera un manto oscuro de terciopelo. Las tierras de cultivo se poblaban de verdes cañas de maíz que anunciaban una buena cosecha para ese año cuando empezaban a salir las espigas. El ritual de la fecundación cada año daba buenos frutos. Emilio y Rubén decidieron ir al campo porque allí encontraban un espléndido lugar para pensar, para conversar, e incluso para conocerse cada vez mejor.

Los dos amigos subieron a la camioneta roja. Heriberto les dijo: "Se portan bien, ¡eh!" Ellos dijeron que no y todos rieron como jovencitos escolares. Rubén tomó el volante. Emilio dijo que quería pasar por el camino de los sauces, pasaron también cerca de los viveros, pasaron a un lado de los corrales del ganado, por la ordeña, pero no llegaron al "pajarete". Por fin vieron el camino de los robles que llevaba al ranchito de Rubén. Esta ruta

parecía reabrirse nuevamente a la aventura, como cuando apenas tenían dieciocho años y se dijeron que algún día volverían a pasar por esas tierras. El día había llegado.

Cada año, el día de San Antonio, caía una fuerte lluvia sobre Villa Santa y las tierras aledañas. De manera especial en las tierras ejidales solía caer más fuerte la tormenta. Por tal razón, Rubén se casaría con Mariana cuando pasaran los aguaceros de junio y julio. Tal vez se casaría el día de la Inmaculada Concepción, el 14 de agosto, porque ese día era de fiesta en Villa Santa.

Emilio y Rubén ya no eran adolescentes, ya eran hombres, pero todavía sabían divertirse como jovencitos. Los dos salieron a recorrer los caminos más allá de Villa Santa, como en otras épocas, con la simple intención de recordar. Dejaron la pick-up cerca del camino. Después de subir y bajar por una ladera cercana a las parcelas, vieron en lontananza la extensión de las tierras de maíz sobre las cuales el cielo se empezó a nublar repentinamente. "No es extraño —dijo Rubén— que de pronto se nuble así. Estamos ya en el temporal." Emilio recordaba los nubarrones que

tanto le gustaba ver cuando era niño. “Ya va a crecer la milpa —le decía a don Eugenio—, pero me asustan los truenos papá.” Don Eugenio le decía que no tuviera miedo, que su madre lo veía desde el cielo y cuidaba que los rayos no le hicieran daño. “Mamá está junto a la virgen, ¿verdad?” “Sí, allá está tu mamá.”

“Vamos a la camioneta”, dijo Emilio cuando empezó a oír los truenos. Al primer paso se soltó el aguacero. Llegaron a la pick-up abrieron las portezuelas. Las nubes parecían elefantes en manada, los rayos resquebrajaban el firmamento con su ráfaga luminosa. Subieron a la camioneta se dispusieron a iniciar el regreso a casa. Sin embargo, para su buena o mala suerte, la lluvia arreció muy pronto y les fue difícil seguir por el camino de los sauces porque, en pocos minutos, éste se llenaba de agua como si fuera un arroyo. El agua reconocía su viejo cauce.

La pick-up se detuvo cerca del camino inundado. “Vamos a esperarnos”, dijo Rubén y encendió el estéreo de la camioneta para relajarse porque se notaba nervioso. “No te preocupes hombre, no nos vamos a ahogar, además no hay prisa. Mira, aquí hay un disco de

Javier Solís." La lluvia sonaba como un chorro sobre la camioneta, los truenos repentinos y la voz de Javier Solís, acompañada por el mariachi e interpretando "Esclavo y amo", eran los sonidos que los rodeaban. Se miraron. "Qué agradable oír llover y no mojarse, ¿verdad?" "Mi mamá me cuida desde el cielo, ¿verdad papá?" "Es agradable pero peligroso —dijo Rubén—, nunca me ha gustado quedarme así bajo la lluvia. A mi tío lo mató un rayo." "Mariana es una mujer bonita —dijo Emilio como si no estuviera oyendo las palabras de Rubén—, es toda una mujer, pero dime, ¿has pensado alguna vez qué harías si un día un hombre te robara un beso?" Emilio miraba la lluvia resbalarse en el parabrisas, parecía estar pensando en voz alta. Rubén tardó en reaccionar y le dijo: "Si estuviera jugando, le celebraría la gracia y le diría que no soy joto. Si estuviera hablando en serio... No sé. No lo había pensado". Rubén contestó dando un tono de sarcasmo a su respuesta, pero Emilio se mostraba serio en su interrogación. "¿Si el hombre que te pidiera o te robara el beso fuera tu amigo, qué le dirías?", insistió en preguntar Emilio y volvió la mira-

da a su compañero de tempestad mostrando un rostro iluminado por sus ojos verdes llenos de misterio indescriptible. “Tengo pocos amigos, tú lo sabes, eso nunca pasaría”, respondió Rubén y se enfrentó su mirada con la del amigo que parecía interrogarlo con sus ojos verdes.

Y hacen que me sienta esclavo y amo del universo. Rubén no se dio cuenta cuando los labios de Emilio se acercaron a los suyos, sólo se percató del instante en que los suyos respondieron a una pregunta silenciosa en medio de la tormenta y de los acordes de guitarras que marcaban el inicio a “Llorarás”. La violencia del deseo se desató como la lluvia por la tarde. Se despojaron de la pena que impedía acercarse de ese modo uno al otro. Las manos se deslizaron sobre la piel desconocida, exploraron los rincones misteriosos en el cuerpo ajeno y semejante al propio. Los labios se cansaron de saborear la fruta madura, se probaron, se supieron libres, se sintieron uno y en el pequeño espacio en que viajaban, quedó grabada la huella del encuentro inexplicable. *Mi recuerdo has de llevar donde tú estés.* Parecía haberse detenido el tiem-

po unos minutos, se calmó el ruido de la tormenta porque había una tempestad en el interior de aquellos seres. Se detuvo la música porque la voz de dos tenores se había ahogado en un acorde. La lluvia empezó a amainar, ya no se escucharon más los truenos, la humedad del camino refrescó el ambiente y los dos hombres pudieron respirar el aire de la tarde cuando bajaron el cristal de las ventanillas para que escapara el calor de su recuerdo.

El paisaje estaba en calma, un viento suave golpeaba el rostro de los amigos. "Huele a río —dijo Emilio—, ¿te acuerdas del río? Nos íbamos a bañar cuando ya casi se había secado. Nada más nos cubría las rodillas…"

Rubén miró los ojos de Emilio, ¿por qué recordaba el río cuando apenas había pasado algo tan importante?, pero no hizo otro comentario, estaba en silencio. "Si quieres puedes cambiar de música", dijo Emilio, luego encendió un cigarro y en su rostro se dibujó una sonrisa de nostalgia placentera.

Rubén cambió la música. "Ya supiste mi respuesta", dijo mientras empezaban a escuchar "Urge" con Los Barón de Apodaca. A

Rubén le gustaban los corridos norteños y las baladas. “Sí, ahora lo sé. También sé que los dos estamos locos y me da gusto porque somos dos locos de confianza.”

“No sé qué pasó —dijo Rubén—. Yo nunca... bueno, creo que tú tampoco. Tú tienes novia, yo también. Esto fue una locura.” “Papá, ya no hay más truenos, ya no está mi madre cuidándome papá, mira, ya crecí”. El cielo comenzaba a despejarse.

Porque también tengo derecho de vivir. “Ahora seguiremos siendo amigos, ahora nos conocemos mejor. Ha sido una aventura. Sólo eso. Sólo eso.”

Emilio sonrió, le dio una palmada en el hombro. Rubén encendió el motor de la camioneta y se acomodó la camisa antes de quitar el freno. Emilio lo miró con sus expresivos ojos verdes con un poco de curiosidad como inspeccionando el interior del amigo. “¿Te han dicho que nos parecemos? Toma.” Le ofreció un cigarro, pero Rubén no lo aceptó. “Vamos, ya es tarde.”

Quitó el freno, empezó a moverse la camioneta avanzando entre el agua a un lado

del camino de los sauces, alcanzaron la parte menos inundada y cruzaron para tomar el antiguo camino a Villa Corona y dirigirse a Villa Santa donde seguramente ya los estarían esperando en casa de Rubén para cenar. Más tarde irían al Salón Rodríguez a bailar con Mariana y con Elena, porque los fines de semana eran para divertirse.

Llegaron a la casa grande. Emilio se daría un baño. "¿Me parezco a ti o a mi madre, papá?" "A tu madre, hijo mío." Se miró en el espejo y sonrió. Freud no estaba del todo equivocado, pensó y miró la fotografía de Elena junto a la gorra de Rubén sobre una repisa. Rubén entró a su cuarto y se miró al espejo. Ya parecía todo un señor. Rubén llamaría a Mariana para decirle que la quería mucho. Que era la mejor mujer que había conocido, que con ella esperaba fincar un día su hogar porque después de casarse con ella nunca más volvería a enamorarse de otra. Miró las llaves de la camioneta roja y pensó en Heriberto: "Mañana de nuevo la llenará de flores". Todo seguiría como antes de la tormenta.

Pick-up, de Jesús García Medina, fue editado en la Dirección General de Publicaciones de la Universidad de Colima, avenida Universidad 333, Colima, Colima, México, www.ucol.mx. Se editó en septiembre de 2024. En la composición tipográfica se utilizó la familia ITC Esprit Std de 12 puntos para el cuerpo del texto y de 18 puntos para títulos.. Gestión administrativa: María Inés Sandoval Venegas. Programa editorial no periódico: Eréndira Cortés Ventura. Cuidado de la edición: Irma Leticia Bermúdez Aceves. Portada: Víctor Hugo Gaytán Chávez.

Los recuerdos del pasado vuelven con la fuerza de una tormenta, despertando en las viejas amistades sentimientos que nunca se olvidaron del todo. EI lector descubrirá en estas páginas lo que sucede cuando dos amigos se reencuentran.